

III Certamen Nacional “Con el mismo papel” - Cuento

¿ARIEL O ARIEL?

Una agradable sorpresa aguardaba a los gemelos Adrián y Elena el primer día, en septiembre, de vuelta al colegio: alguien nuevo acababa de llegar a su clase de 4º de Primaria. Cuando la profesora pasó lista y pronunció su nombre (“Ariel García López”), una mano energética seguida de un brazo enfundado en un chándal verde se agitó para señalar a la cabeza rubia propietaria del resto del cuerpo. El flequillo que tapaba los ojos y la sonrisa inteligente sirvieron para corroborar que los alumnos y alumnas de cuarto acababan de hacer una adquisición sensacional.

—¡Airel ha terminado en primer lugar todos los deberes! —suspiraba Elena, con admiración, una vez en casa.

—Y, además, ¡lo ha hecho “todo” bien! —coreaba su hermano gemelo— Pero lo mejor no es eso...

Y aquí Adrián se debatía entre la sana envidia y la adoración asombrada.

—Lo mejor... ¿qué es lo mejor? —le apresuró su padre con la buena intención de empujarlo cuanto antes dentro de la bañera.

—¡Lo mejor han sido los dos golazos que les ha metido a los de sexto en el recreo! ¡Ni Messi, ni Xavi Hernández, ni Cristiano Ronaldo! —se extasiaba el chico, con la boca abierta— No he visto esos regates ni en primera división...

—¡Bah, eso no es nada! ¡Las bobadas que les encantan a tus amigos! —contestó Elena, desdeñosa —Ariel hace cosas mucho más difíciles...

Y aquí el padre comenzó a sentir una ligera curiosidad por la causa de tanta alabanza.

—Si eso no ha sido suficiente, ¿qué más ha hecho? ¿Qué puede ser mejor que los dos goles a los de sexto?

Elena se tomó su tiempo antes de responder, porque con esa estratagema pretendía dotar de mayor importancia a las heroicidades de Ariel.

—Pues bien, después del recreo, en la clase de...

—¡Pues a mí eso no me parece tan importante! —la interrumpió su hermano— ¡Y ha tenido gracia porque lo ha hecho en broma!

—¡No lo ha hecho en broma! La profesora le ha puesto un diez y ha dicho que eso sólo son capaces de hacerlo las personas inteligentes que además tienen mucha sensibilidad... ¡No todo el que quiere puede llegar a hacer “arte”!

—Pero, ¿qué demonios ha hecho? —insistió el padre, perdiendo un poco la paciencia porque se enfriaba la cena.

—¡Ah! ¡Se ha inventado una poesía! ¡Una poesía preciosa!

—¡Estupendo! —coreó el padre, ahora un poco distraído, procurando abbreviar el aseo de los hijos.

—Mañana Ariel volverá a jugar al fútbol con mis amigos... ¡Menudo partido nos espera!

—¿Con tus amigos? ¡Ni hablar! ¡Seguro que viene con mis amigas! ¡Tenemos muchas cosas que contarnos!

—¿Ir con amigos o con amigas? —intervino el padre— Pero, a ver, ese Ariel o esa Ariel García, ¿es chico o es chica?

—¡Ja! —exclamó primero Adrián procurando no dejarse pisar el terreno— ¡Si las chicas son tontas! ¡Es chico! Se llama como ese cantante... como Ariel Roth.

—¿Chico? ¿Ariel, un chico? —gritó ahora Elena con todas sus fuerzas— ¡De ninguna manera! Ariel es una chica... ¡Es una chica, como “la Sirenita”!

La madre de los gemelos, que se había acercado a la puerta del baño para envolver con toallas secas a los hijos, reprimió un conato de risa, mientras el padre procuraba también contener la hilaridad.

—O sea, ¿que no sabéis si es chico o chica? ¡No es posible!

—Hombre, a los nueve años de edad —intervino la madre—, hay veces... que no se les nota todavía.

Adrián y Elena se miraron retadores, ya que ninguno podía soportar la idea de que su nuevo ídolo pudiera ser propiedad del sexo contrario.

—Bueno, hijos, vamos a cenar y mañana mismo se lo preguntamos —concluyó el padre, deseoso de acabar cuanto antes de atender a los niños para poder descansar.

Al día siguiente, después de las clases, una figura graciosa con flequillo despedía con grandes y amistosos aspavientos a los dos gemelos. Su éxito se mantenía imbatible. Mientras la estrella se alejaba, el padre sintió el hormigueo quisquilloso de la curiosidad y preguntó a los hijos en tono de confidencia:

—Pero, al fin, ¿era chico o chica?

Adrián hizo un gesto de indiferencia ante un asunto que ya no le merecía ninguna atención y se echó a correr para coger un balón que escapaba. El padre, cada vez más intrigado, continuó las pesquisas con Elena, pero la niña, con la sabiduría ingenua de la infancia, devolvió a su padre una cómica mirada de reproche, se encogió de hombros ante un asunto de tan poca importancia y reconoció la verdad que su hermano no había tenido tiempo de confesar.

—Hemos decidido que, en realidad, nos daba lo mismo; así que... ¡no hemos querido preguntárselo! ¡Ariel, para nosotros, simplemente es Ariel!